

CHILE: LA MARCHA DEL CUATRO DE SEPTIEMBRE*

Por Francisco A. GÓMEZ JARA

Los titulares de la prensa de izquierda anuncian severos y auto-suficientes: *la calle es nuestra*. El cuatro de septiembre celebran el III aniversario del triunfo de la Unidad Popular. Pero la salida a la calle de obreros, estudiantes, campesinos y clase media trasciende la simple conmemoración para representar en la práctica el papel de un plebiscito.

La paradoja no es muy clara, aunque sí dialéctica.

Celebran la victoria electoral que llevó al poder a Salvador Allende y la aplicación más o menos constante de algunos postulados del programa de la UP, pero precisamente, en la medida que ni siquiera el plan de reformas inicial ha aplicado cabalmente, la base de sustentación del régimen necesita revitalizarse de tiempo en tiempo, con apoyos masivos de la población. Sentir y mostrar, simultáneamente, el respaldo del pueblo.

No significa, como pensaban los teóricos liberales, la realización plena de la democracia, sustentada en la consulta y la comunicación constante entre gobernantes y gobernados. Algo así como la segunda versión de un *ágora* deliberante, previa eliminación de su función social al servicio de las clases poseedoras. El fenómeno trasciende el aspecto formal de la democracia, para mostrar cómo los procesos sociales orientados al cambio de estructuras, paradójicamente, corren más riesgos al detenerse a la mitad del camino o al avanzar lentamente, porque lo menos que les puede ocurrir es transformarse en puntales del orden contra el cual aparentemente luchan, que al enfrentarse a todas las consecuencias de su radical aplicación.

La presencia del pueblo en las calles de Chile obedece más bien a la necesidad que la UP tiene de saber que aún cuenta con el respaldo popular, que el del simple diálogo. Si el gobierno del "compañero Allende" —como suelen llamarlo los trabajadores— necesita "medir" el grado de apoyo popular de su administración, significa dos cosas:

Primero, que no bastan las estructuras legales: ley electoral, toma de posesión, sanción parlamentaria, constitución, etcétera, para captar o reflejar el sentir de la población. A pesar de que la UP se niegue a llevar hasta sus últimas consecuencias este axioma.

* La presente crónica fue redactada con base en la oportunidad que brindó al autor la asistencia al X Congreso Latinoamericano de Sociología (Santiago de Chile, 28 de agosto-12 de septiembre de 1972).

Segundo, que no existe un consenso nacional ni en el gobierno ni en la oposición, sobre el grado de representatividad que mantiene la UP.

Resulta evidente que si el reformismo burgués aplicado por la Democracia Cristiana se gastó en 6 años, el reformismo obrero de la UP no tiene muchas perspectivas de mantener su prestigio entre los amplios sectores de la población. Mientras mayor número de concesiones le otorgue a la burguesía, más rápido se mina la base de su tentación popular del régimen actual.

Concientes de ello, los voceros de la burguesía: *El Mercurio* y *Patria y Libertad* dieron la consigna de dejar la ciudad vacía y abstenerse de salir a la calle. Su boicot a la marcha es evidente, pero no es todo. Forma parte de un plan para desprestigiar al gobierno entre las clases medias y los trabajadores. Bajo el pretexto del alza rapidísima de los precios de los artículos de amplio consumo —previa especulación y enriquecimiento con ellos mismos—, argumentan la supuesta incapacidad del estado como administrador, las limitaciones del sistema cooperativo y la copia extralógica de soluciones de países lejanos como Cuba o la Unión Soviética.

* * *

Se lucha por ganar al amplio sector de la clase media que se mantiene indecisa o vota por la UP. Esta clase social no sólo es triturada bajo el peso de los monopolios dentro del capitalismo dependiente. También una economía racionalmente organizada se ve impedida a no admitir el desperdicio de recursos que significa el pequeño y mediano comercio e industria. Lo mismo puede afirmarse con respecto a los profesionistas y técnicos, convertidos objetivamente en simples asalariados, a pesar de su oposición desesperada o su resignado disgusto.

La posibilidad de manipular a este sector de la población mantiene a la burguesía "modernizante", por ahora, opuesta al golpe de estado. Su vocero, la Democracia Cristiana, considera factible utilizarlo primero como instrumento de desgaste del régimen allendista y luego a manera de palanca para regresar al gobierno en 1976.

En realidad, si los partidos burgueses se presentasen unidos obtendrían la mayoría de los votos electorales. La UP asciende al poder con sólo el 36% de la votación general, siendo que en 1964 obtiene el 38% y pierde las elecciones en favor de Frei. Lo que sucede es que entonces la burguesía se presenta en bloque y en 1970, se fracciona entre Alessandri y Tomic. Por tanto, la llegada al poder de la UP —y su posterior política—, está condicionada no sólo por las limitaciones electorales, sino por las maniobras políticas de la DC.

El gobierno de Frei lleva a cabo una serie de reformas —agraria y "chilenización" del cobre—, que amplían el mercado industrial hacia el campo, a la vez que golpea a los sectores más retrógrados del

latifundio. Orienta las divisas obtenidas con la explotación de minerales hacia los sectores "modernizados" tipificados por los monopolios de la industria de transformación, con el consiguiente debilitamiento de los sectores de la industria extractiva de corte tradicional.

La DC se ve así, en vísperas de las elecciones, sin condiciones de hegemonía indiscutible, sobre todo sin el bloque de clases burguesas en el poder con que Frei iniciara su gestión 6 años antes. Al mismo tiempo, el proceso de radicalización del movimiento de masas y la crisis económica iniciada en 1967 le plantean la alternativa de unirse con los "nacionales" como representantes de la burguesía conservadora, al precio de mayores concesiones, lo cual dejaría de caracterizar al programa de la DC como progresista y desarrollista; o, en otro caso, una "campaña de vacío" que succionara a los partidos de izquierda a masa radicalizada del movimiento campesino, de los "pobladores", del movimiento estudiantil y de la pequeña burguesía urbana izquierdista. Esta alternativa le proporciona la posibilidad de frenar los avances de los socialistas-comunistas en un terreno que podría dejarles completamente libres; a la vez que mostraría a las clases dominantes y al imperialismo su capacidad para organizar y politizar a una población que acepta seguir viviendo bajo el capitalismo.

El triunfo electoral de la UP trae como consecuencia la autoconfianza de las masas movilizadas a favor de los cambios, pero como su triunfo no representa más que el inicio de las transformaciones, se genera un ilusionismo político que unos llaman "vía chilena al socialismo" y otros, más certeros, el período prerrevolucionario, a la manera del que representó Kerensky de febrero a octubre de 1917 en Rusia.

Este lapso permite a todas las clases sociales tomar conciencia de su realidad específica. Que no es poco, sin duda, pero no es todo lo que las masas esperan.

Si bien es cierto que la clase obrera chilena cuenta con una central sindical clasista de largo y combativo historial, y la cultura política de la población es de las más elevadas de América Latina, el fenómeno de la dependencia centenaria del imperialismo tare como consecuencia la deformación constante y sutil de la conciencia de clase. Programas de televisión y radio, filmes, revistas ilustradas e información escrita en general, publicidad, patrones educativos, prácticas religiosas, teología, conceptos sobre el mismo subdesarrollo. Todo está encaminado a modelar una mente propicia a la sociedad de consumo. Agravado aun por las deformaciones paternalistas y burocráticas que los dirigentes sindicales heredaron del estalinismo.

La obra fundamental de la UP en sus dos años de vida ha sido, aunque sin eliminar todo el aparato de enajenación que representa la superestructura tradicional, su cuestionamiento público, y permitir

que la población participe racionalmente de tal proceso concientizador.

Los cambios en la estructura socioeconómica representados por la nacionalización del cobre, la economía estatizada de un amplio sector empresarial y la intensificación de la reforma agraria del anterior sexenio, no son tan profundos como para transformar la sociedad chilena. Son medidas que otros países capitalistas —dependientes o no—, aplican con más o menos éxito. En Italia el área estatal de la economía corresponde casi a un tercio de la nacional y la propiedad privada florece como nunca. Y Uruguay, Brasil, Perú y México han crecido a la sombra del capitalismo de estado, aunque a la larga, la dependencia y las desigualdades sociales se multipliquen.

Hasta ahora la UP viene a efectuar las tareas correspondientes a los partidos burgueses anteriores, pero que jamás cumplieron. Por consiguiente, ello nos muestra que la burguesía "nacional" no está dispuesta realmente a asumir el control de la economía nacional, previo desalojo del capital y el control monopolista extranjero.

Las burguesías en Latinoamérica no tienen en la actualidad más tarea que sostener —pública o encubierta, con militares o civiles— la dependencia.

Reducido a sus proporciones exactas el significado del gobierno UPISTA, con la que no pueden contentarse ni sus militares ni —mucho menos— los demás grupos de izquierda al margen de la administración pública, aparece con claridad el problema de la carencia de una organización política que realice la revolución socialista.

* * *

A las cuatro de la tarde el pueblo comienza a desfilar por las calles hasta integrar la gran marcha del millón de santiaguinos.

Gruesas columnas humanas avanzan portando banderas rojas con la insignia del partido comunista. Se acompañan de camiones de carga repletos de gente. Tractores y grúas se deslizan portando carteles, mantas e imágenes de Allende. Ninguna alusión a la toma de fábricas o fundos como respuesta obrera a la burguesía saboteadora o ausentista. Silencio total alrededor del malogrado ensayo de la "Asamblea Popular" en Concepción, como germen del poder obrero. El asunto para el Partido Comunista ha sido finiquitado. Corvalán, su máximo dirigente ha dicho:

Todo indica que allí en Concepción tomó cuerpo una tendencia que considera que las posibilidades de cambio en los marcos del cumplimiento del programa, en los marcos de la UP, y de los compromisos políticos de la UP, ya están agotados. Pensemos que no hay ninguna posibilidad hoy, en el minuto presente, para modificar esta legalidad, esta institucionalidad, por ningún camino, ni a través del camino legal ni a través de un camino extralegal.

El desfile se nutre de socialistas y miembros del MAPU, Izquierda Cristiana y Partido Radical.

Marchan también los contingentes del MIR que bajo el gobierno de Frei lucharon en la clandestinidad. Lo componen los estudiantes del FER, los obreros de las FTR y los campesinos del MCR. Están fuera de la UP y aunque representan una minoría frente a los partidos del gobierno, actúan como el ala radical del pueblo chileno, así como el Partido Comunista juega el papel de ala derecha de la UP.

Integrado por guevaristas, maoístas y trotskistas, sostiene la necesidad de:

... borrar la contradicción entre el aparato burocrático del estado y las masas, para incorporar al pueblo a las tareas del poder. Disolver el Parlamento, crear la Asamblea del Pueblo verdaderamente representativa; en la base crear los Consejos Comunales de Trabajadores, por comuna, que unan a obreros, pobladores, campesinos y estudiantes, les entreguen tareas de poder, los unan, los organicen, los dirijan y les permitan combatir. En el campo, entregar tareas de poder a los Consejos Comunales Campesinos ya creados, desarrollarlos y a partir de ellos movilizar al pueblo en el campo...

Los pendones rojinegros Miristas se confunden con las boinas negras y las pañoletas encarnadas circundando los hombros de sus militantes.

Los contingentes en general integran una gran masa que avanza y entona, obsesivamente, una tonadilla en boga: *Los momios están cagaos... están cagaos...*"

Aunque se refieren a la derecha, la consigna resulta abstracta y desmovilizadora. Además de que no es cierto que la reacción esté derrotada. Mantiene en su poder al comercio, parte de la industria, el mercado negro, el parlamento y la mayoría de los canales de la información masiva. Los norteamericanos están de su parte.

Manejan la imagen falsa de que la burguesía se mantiene en las mismas condiciones que durante el primer año de la UP. Entonces se encontraba fraccionada, débil por su gran dependencia del poder estatal, escéptica políticamente por su reciente derrota electoral de septiembre y su frustrado intento golpista de octubre. Si a eso agregamos que los intereses heridos por las primeras medidas con excepción de los bancos, son más bien marginales, las contradicciones no alcanzan una profundidad antagónica, ni sirven de base para la movilización de otros sectores sociales, a pesar de los intentos de la fracción más retardataria. En efecto, los intereses textiles afectados corresponden a empresarios bastante marginales, especuladores de la sobrefacturación de materia prima importada que posteriormente revenden, con sus industrias paralizadas, adeudando sobresueldos de ley a sus trabajadores, impuestos al fisco, etcétera, con los cuales

el resto de los empresarios no se solidarizan. En cuanto a los propietarios agrícolas que constituyen la fracción más débil de la burguesía dominante desde su fractura después de 1930, cuando comienza a trasladar sus propiedades del campo a la ciudad, el gobierno se limita a la aplicación de la reforma agraria del sexenio anterior. Por ello las primeras medidas del gobierno no encuentran objetivamente un sector social antagónico amplio.

Sin embargo, después del primer año de gobierno, la burguesía se repone y reorganiza; pasa del estado defensivo a la franca ofensiva.

Las calles por donde cruza la manifestación se encuentran atestadas de espectadores que aplauden y lanzan gritos de júbilo a paso de las columnas. Son las 8 y comienza la retirada general. Todo mundo regresa a sus casas portando el falso orgullo de su fuerza. ¿De qué les sirve volcarse a la calle, si la voz de mando recomienda respeto a la propiedad privada? Lo más importante no se les ha dicho: ¿qué debe hacer cada obrero ante la embestida reaccionaria? Los más inquietos se preguntan: ¿y ahora, qué?

Preocupada aunque confusa, una dirigente juvenil socialista se interroga a sí misma, en voz alta: "¿De nuevo a nuestras casas a esperar otro golpe fascista?"

* * *

A medida que transcurre el segundo año de gobierno de la UP, la escalada de la violencia reaccionaria aumenta.

El 10. de diciembre de 1971 salen por vez primera a la calle las turbas reaccionarias. Fidel Castro se encuentra de visita y desean crear conflictos. El vespertino *La Segunda*, de la cadena Edwards, anticipa el clima a crear por los fascistas a través de un titular revelador: "¡Junten rabia, chilenos!"

El periódico es en realidad vocero de la CIA, y reconocido como tal desde octubre de 1969, cuando el general Roberto Viaux —encarcelado ahora en Santiago—, fracasa en su maniobra de convertir un movimiento de protesta de sus compañeros de armas en un golpe de estado. En esa época *La Segunda* alienta a la corriente militar golpista por encima de la profesional que plantea reivindicaciones puramente económicas. Fracasado en su plan, un año después el mismo grupo asesina al jefe del Ejército para provocar —aunque fallidamente—, el levantamiento armado que impediría la toma de posesión de Allende.

Edwards posee además tiendas y bancos, a través de los cuales comete una serie de fraudes que lo obligan a salir del país y dirigir desde allá al subversivo *La Segunda*.

Es a partir de agosto de 1972 cuando el grupo "Patria y Libertad" y el Partido Nacional lanzan sus huestes armadas a la calle y contra las organizaciones de izquierda.

Asaltan los domicilios de los ministros Mireya Baltra, Carlos Matus y del jefe del Ejército, así como el de las embajadas soviética y cubana; incendian varios locales regionales y seccionales del Partido Comunista y Socialista y saquean las oficinas de algunas Intendencias del interior del país.

Columnas de jóvenes entrenados militarmente incendian y asaltan comercios en Valparaíso, simultáneamente a una manifestación organizada por los comerciantes para protestar por la política económica del gobierno.

Los enfrentamiento con la policía se suceden y se alternan con otras manifestaciones de oposición al régimen. Jovencitos de escuelas medias son lanzados a la calle por cualquier motivo baladí y las señoras burguesas al lado de sus sirvientas, pasean por el centro de la ciudad golpeando sus cacerolas, ¡dizque vacías de alimentos!

Todo en fin, desemboca en el abortado "plan septiembre" denunciado por el gobierno:

Comenzaba —dice la declaración—, con la movilización de los estudiantes para seguir con los autotransportistas que paralizarían la vida comercial-distribuidora del país. Después de cortar en 8 partes el territorio nacional, se impediría la descarga de trigo y alimentos que traerían los barcos del extranjero. Sincronizadamente provocarían a las fuerzas armadas cuando se dirigieran a la capital para participar en los festejos del 19 de septiembre. Se volarían puentes, vías férreas y centros de abastecimiento de combustible. . .

A su lado, la Democracia Cristiana intenta aprovechar las desventajas del reformista upista, sin llegar hasta el compromiso con el golpe de estado, porque seguramente sería barrida por los militares, pero sí desea desgastar lo más posible al régimen, para que en lugar de avanzar en la aplicación de su programa, distraiga su tiempo, energías y prestigio en una serie de encuentros improductivos. Piensa ganar las elecciones de marzo de 1973 primero, y después las presidenciales del 76. Por eso coincide por ahora con la extrema derecha.

En cambio ésta —asesorada por el imperialismo, como se demostró públicamente en el caso de la IRT—, trabaja directa y decididamente por el golpe de estado, en lo que vendría a ser, valga la comparación histórica un tanto violentada—, la segunda versión del levantamiento franquista contra la república española. Y dada la posición legalista y desmovilizadora del Partido Comunista, también como en aquel entonces, las cosas parecen encaminarse hacia allá.

El pueblo sin armas y la agresión del imperialismo ahondando la crisis económica. Las calles se transforman en los campos de batalla —más tarde o más temprano—, y el Ejército, dentro de este camino, se convierte poco a poco, en el árbitro de la situación.